



TIEMPO DE MEMORIA

Miquel Berga

UN PAÍS EXTRANJERO

TUSQUETS
EDITORES

MIQUEL BERGA
UN PAÍS EXTRANJERO

Traducción del catalán de Mayka Lahoz

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Un país extranjero*

1.ª edición: febrero de 2024

© Miquel Berga, 2024

© de la traducción: Mayka Lahoz, 2024
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-399-8
Depósito legal: B. 335-2024
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

Prefacio. Una casa. Tossa de Mar, 2018. 13

Libro primero

1. Imaginarse un hotel. Londres, 1934 21
2. Un interrogatorio. Mequinenza, 1939 29
3. Una conversación en la plaza. Mequinenza, 2022 39
4. Un pueblo ahogado. Fayón, 1967 47
5. Una sociedad anónima. Barcelona, 1880 59
6. Los abandonados. Tossa, 1938. 65
7. Un novecentista. Tossa, 1934 75
8. Un interludio. Fayón, 1978. 81
9. Una despedida. Estación de Perpiñán, 1939 87
10. Un reencuentro. Besançon, 1939. 95
11. Un caballo de cartón. Mequinenza, 1942. 107
12. Un entierro. Mequinenza, 1942. 113

Libro segundo

13. Una deserción. Moscú, 1949 121
14. Unos alemanes. Flix, Mequinenza, 1913-1945 131
15. Un minero. Mequinenza, 1941 141
16. Un Primero de Mayo. Berlín, 1965 147
17. Un convenio internacional. Bruselas, 1956. 159
18. Un extravío. La Préalle, 2015. 167

19. Un brigadista. Nicaragua, 1986	173
20. Un cementerio. Mequinenza, 2023	185

Apéndices

Fuentes orales	195
Bibliografía consultada.	197
Agradecimientos	199
Créditos de las fotografías.	201

1
Imaginarse un hotel
Londres, 1934

Cuando Cyril Connolly, el finísimo crítico y editor de la influyente revista literaria *Horizon*, llegó a Tossa cansado del viaje en coche desde Carcassonne, todos aquellos a los que les preguntaba le decían que su mejor opción para pasar la noche era la «casa inglesa», en lo alto de la colina. ¿No se les ocurría otra cosa? ¿Tenían que recomendarle un hotel precisamente «inglés», con los horrores que el pobre Cyril asociaba a ese concepto? Frialdad ambiental, comida penosa, servicio ineficiente, aversión a la voz humana... No había alternativa y era demasiado tarde. Mr. Connolly, pese a estar acostumbrado a las sofisticaciones de Bloomsbury, se resignó. Cuando pudo recuperar el aliento después de ascender por el escarpado camino que llevaba al hotel (nuestro crítico estaba regordete), se encontró con las expectativas trastocadas: un edificio blanco encantador, una bienvenida extremadamente cálida, una cena excelente y unas copas al fresco, bajo la parra, y con vistas —en sus palabras— «a una bahía que hacía una curva deliciosa, un castillo en ruinas, un pueblo de pescadores. Y todo rodeado de pinares. Era uno de los más bellos paisajes del mundo».

Había llegado al establecimiento regentado por Archie y Nancy Johnstone. Un pequeño negocio que era, también, la concreción de la aventura compartida que daba sentido a los

entusiasmos propios del enamoramiento. Todo había empezado en la primavera de 1934, en Londres. En Londres, en esa estación, la sangre también se altera. Sobre todo si se trata de sangres nutridas por el vigor del alma escocesa de él y el arrebató del temperamento irlandés de ella. Archie Johnstone ya era un veterano de Fleet Street, la arteria de los grandes diarios del momento, con cargo de subeditor del liberal *News Chronicle*. Instalado desde hacía demasiado tiempo en la vida del cuarentón y en las rutinas del trabajo, la aparición de aquella joven enérgica que cultivaba la *joie de vivre* sacudió los ánimos del periodista quemado. De pronto, otra vida era posible. En abril se regalaron unos días de vacaciones. ¿Dónde? Tenía que ser, decía Archie, en algún lugar donde no hubiera estado nunca ningún colega de la redacción. Eligieron la Costa Brava. Una vez en la estación de Girona, encontraron un taxista que los llevaría, pensaban, a Palamós. Las dificultades lingüísticas, sin embargo, hicieron que, llegados a Llagostera, decidiera ir hacia la derecha en lugar de seguir adelante. Además, el nombre de Tossa les hizo gracia. Enseguida advirtieron que habían ido a parar a un paraíso, al paraíso azul, como diría Marc Chagall. Todo era pintoresco y sencillo. Dos amantes en el escenario ideal para no hacer otra cosa que dedicarse a sí mismos: en la playa o en el hotel. El hotel era el hostel del señor Rovira, toda una institución en Tossa. Rovira y Archie se cayeron muy bien y no pararon de comunicarse sin entenderse: las correntadas discursivas en catalán de Rovira eran contestadas con las riadas del inglés que se hablaba en el Aberdeen de Archie. Esa buena sintonía entre dos que no se entienden, pero que se comprenden, resultó decisiva. Rovira siempre iba descalzo y con los pantalones remangados hasta las rodillas; los llevaba —según Nancy— «estirados tan arriba que parecía a punto de alzar el vuelo en cualquier momento». Tuvieron claro que tenían

que volver a Tossa y que tenían que reencontrarse con aquel personaje fenomenal, el hotelero Rovira. Unos pocos días de vacaciones fueron suficientes para sentir que, en su relación, Tossa ya no podía ser solo un agradable episodio casual. Tossa era un destino.

También entendieron que los destinos deben programarse. A finales de septiembre, Nancy volvió a Tossa, sola, para empezar a concretar sueños y programar el futuro. Nancy era una mujer con programa. En la radio del hotel Rovira escucharon la proclama del presidente Companys el 6 de octubre. Anunciaba por su cuenta la creación del Estado catalán dentro de la República Federal Española. No se sabía si aquello era un acto independentista o revolucionario. O las dos cosas. La República declaró el estado de guerra en Cataluña porque aquello no estaba contemplado en la Constitución vigente. La cosa se acabó aquella misma noche y los miembros del Gobierno catalán fueron encarcelados. Nancy recibió una primera lección sobre ese país tan curioso donde las proclamas son solemnes pero no acaban de concretarse. Mientras tanto, la llegada de Hitler al poder el año anterior propició que, en otoño de 1934, un grupo de fugitivos del régimen nazi, pintores como Oskar Zügel o el arquitecto Fritz Marcus, hubieran encontrado en Tossa una remota arcadia feliz alejada del militarismo y el antisemitismo criminal que se había instaurado en su país. El bar de Marcus era el centro neurálgico de la colonia extranjera y de la vida nocturna en el pueblo. Nancy no podía faltar, especialmente porque Fritz Marcus era, en aquellos momentos, el hombre que necesitaba: llevaba ya un año viviendo en Tossa y ese arquitecto racionalista era la persona ideal para ayudarla a encontrar un terreno y construir el hotel que permitiría a los Johnstone empezar con solvencia su nueva vida regalada lejos de Londres. Marcus asumió el encargo y se sometió

a la compañía de Nancy a la hora de buscar terrenos sabiendo que una de sus funciones tendría que ser atemperar las fantasías de aquella inglesa tozuda. La colina en el lado opuesto de la Vila Vella y el castillo fue, finalmente, el lugar escogido. El arquitecto Marcus asumió el reto con una condición innegociable para Nancy: el hotel tenía que construirse en lo alto de la colina. La vista pagaba por todos los demás inconvenientes. Nancy sabía perfectamente que no hay muchos propietarios que se sigan hablando con el arquitecto que les ha construido la casa (aunque sea de la escuela Bauhaus) y que, consciente de lo que le había llegado a decir durante la construcción del hotel, una persona menos tolerante que Fritz Marcus no le habría vuelto a dirigir la palabra. Afortunadamente para Nancy, los alemanes de Tossa estaban en las antípodas del exaltado que había hecho cerrar la escuela Bauhaus hacía poco más de un año y estaba llevando a su país a la catástrofe.

La pareja había asumido su destino y ya habían diseñado estrategias de marketing para dar a conocer aquel nuevo hotel en la virgen costa catalana que ellos presentaban como un lugar ideal para los que estaban hartos de los convencionalismos de los hoteles ingleses en el extranjero. Las reservas para la Semana Santa de 1935 estaban abiertas y ellos ya estaban en Tossa supervisando el final de las obras, alojados en Can Rovira y haciendo cursos acelerados de hostelería. Archie se había contagiado definitivamente del entusiasmo militante de su mujer y ya no podía disimularlo. Corría como un loco repartiendo folletos sobre el nuevo establecimiento en Tossa por los *pubs* de los alrededores de la BBC y los de Fleet Street. Los periodistas eran gente sensible a la posibilidad de tener unas vacaciones a precios regalados. En la cena para despedirse de sus colegas, Archie remató la jugada magistralmente en su discurso.



Folleto publicitario diseñado por los Johnstone para atraer turistas ingleses a su hotel de Tossa.

Señoras y señores —empezó—, no pienso decirles nada sobre Tossa y la Casa Johnstone. El hecho de que me hayan pedido que les dirija unas palabras de despedida y que ya se hayan hecho bastantes referencias a ellas en las intervenciones anteriores me excusa de hacerles más publicidad. Por lo tanto, no pienso decir nada más sobre el tiempo delicioso que hace en la costa catalana ni, por descontado, sobre el agua corriente —fría y caliente— en todas las habitaciones, ni sobre el coñac a tres chelines la botella, ni sobre los siete y medio que cuesta la pensión completa. ¡No pienso mencionar tampoco las playas de aquel mar gloriosamente azul, ni los fantásticos bares que hay en el pueblo! ¡Yo solo quería decirles que ustedes lo pasen bien y que hasta el año que viene en Tossa!

Con esos argumentos, la tropa periodística se veía marchando en masa hacia aquel lugar desconocido llamado Tossa de Mar.

Y así lo hicieron. Al acabar el verano de 1935, el joven periodista Carles Sentís daba noticia de ello en *L'Instant*, el diario vespertino de Barcelona. Sentís explicaba que ese verano Casa Johnstone había sido un hormiguero de periodistas ingleses «de primera categoría». Había contado siete del *News Chronicle*, el director del *Daily Herald* y su hija, unos cuantos del *The Times*. El periodista catalán certificaba, ufano, que por Tossa «había desfilado medio Fleet Street». El proyecto



de los Johnstone había superado el primer test con sobresaliente. Ahora les quedaban meses de plácida calma en el clima benigno de Tossa, meses para descansar, hacer vacaciones y esperar la consolidación de su aventura vital para la próxima temporada, que se presentaba más que prometedora: la del verano de 1936.